

dia de una ilustre familia (1). Era su padre Florencio, hermano de San Galo, obispo de Clermont, en cuya compañía se educó el joven Gregorio; y su madre era nieta de San Gregorio, obispo de Langres. Mostró desde sus primeros años las mejores inclinaciones y una piedad tierna. Con el fin de cumplir un voto que hizo entonces hallándose enfermo, entró en el estado clerical. Muchas veces visitaba los sepulcros de los Santos y con especialidad el de San Martin de Tours, principalmente despues que curó allí de una enfermedad muy peligrosa. Con la muerte de San Eufronio, pérdida considerable para esta silla, recordaron todos la edificacion que allí habia dado tantas veces el sobrino de San Galo; y no se pudo oír sin admirarse la relacion de una infinidad de acciones buenas que cada uno contaba de Gregorio.

Toda la ciudad pues unánimemente, los obispos de la provincia, el clero, la nobleza, el pueblo de la ciudad y de los lugares, le pidieron para arzobispo. Partieron al instante las personas mas ilustres para la corte del Rey Sigeberto, á quien pertenecia Tours. El nacimiento y mérito de Gregorio le habian dado á conocer al Rey, y tambien residia en la corte cuando llegaron los diputados. Sorprendióle su peticion y se consternó; porque á todas sus grandes cualidades reunia una humildad sincera y una extrema desconfianza de sí mismo. No omitió ruegos ni diligencias para substraerse de un cargo que creia muy superior á sus fuerzas; y fue necesario que el Rey y la Reina

(1) *Vit. S. Gregor. Turon. cap. 1.*

le hiciesen las mas vivas instancias, procurando al mismo tiempo que inmediatamente fuese consagrado por Egidio, arzobispo de Rems, recelosos de que se arrepintiese de un consentimiento casi forzado. Con el objeto de estorbar que aun despues de su consagracion corriese á sepultarse en alguna soledad incógnita, le condujeron sin demora alguna á Tours, donde le recibieron con una alegría increíble el dia diez y ocho despues de la muerte de su predecesor. Tenia entonces cerca de treinta años.

Su primer cuidado fue reconocer todas sus ovejas, y unirse en particular con la porcion de la grey destinada á santificar á los otros con la virtud del ejemplo y de la palabra. Sabia descubrir á los buenos hasta en la obscuridad de los claustros y de los desiertos, de los que consiguió conocimientos tan exactos, que nos ha dejado vidas muy circunstanciadas de un gran número de ilustres solitarios de su tiempo.

9. Venant, natural de Berri, durante su episcopado, dejó á su muger en la flor de su edad, y vino á Tours á abrazar la vida religiosa, bajo la direccion del abad Silvano, de quien fue sucesor (1). Adquirió allí celebridad por las revelaciones y el don de milagros. Despues de su muerte acaecieron tantos en su sepulcro conservado aun hoy dia, que hicieron dar su nombre á este monasterio, erigido despues en iglesia colegial.

Residia en Tours otro solitario natural de Au-

(1) *Gregor. Turon. in vit. PP.*

vernía como el obispo, llamado Leobardo. Como vivía en una celdilla cerca de Marmoutier, fue testigo de una riña entre un monge y sus vecinos, y le causó tanto escándalo que intentó mudar de habitación. Mas habiendo ido el obispo Gregorio á hacer oración á Marmoutier, conforme á la piadosa costumbre que le conducía allí muchas veces, y convenciéndolo Leobardo de que las ovejas, sean cuales fueren, no dan ningun paso seguro sin el consentimiento del pastor, le comunicó su resolución. Hízole conocer el santo obispo que era esta una ilusión, y despues le envió unos libros de piedad, cuya lectura acabó de disiparla. No es esta la única ocasion en que este director ilustrado mostró el discernimiento que tenía de los espíritus.

Habiendo salido de su retiro San Senoch recluso cerca de Tours, para ir á visitar á sus parientes en Poitou, volvió lleno de pensamientos de vana complacencia y fuertemente tentado de presuncion. El santo pastor, que en nada olvidaba su obligación para con las personas de todas condiciones y estados, le hizo conocer su falta, y le corrigió tan perfectamente, que Senoch quería tomar el partido de no ver jamás á nadie; pero el prudente prelado juzgando que esta era una mala resolución poco conforme al espíritu de Dios, le aconsejó que solo se encerrase en la cuaresma, y desde San Martin hasta Navidad, lo que el solitario observó exactamente, llegando de este modo á la mas eminente santidad. Era de la nacion de los táfalos, pueblo bárbaro confundido con otros

muchos entre las numerosas gentes que vinieron á residir en las Galias.

10. No siempre van unidas la fe y las virtudes á la mucha fama, ni á la cultura natural. La Galia Armórica, esto es, la costa marítima del occéano, debió á unos rudos isleños algunos de sus mas ilustres obispos. Los anglo-sajones invadieron la isla llamada hasta entonces Bretaña, y los bretónes capitaneados por su Príncipe Hengisto se habian refugiado en la Armórica, que era la tierra mas avanzada hácia sus costas, dándola el nombre de Bretaña. No obstante que esta trasmigración era anterior mas de un siglo, el pueblo lleno de un carácter firme y muy adicto á sus antiguos usos, se conservaba siempre separado de los galos, tanto en costumbres como en idioma: de suerte que el segundo concilio de Tours, tenido en 566, diferencia todavía los obispos bretónes de los romanos ó galos. Conservando su comunicacion estos estrangeros con los naturales de la Gran Bretaña, siguieron aun largo tiempo nombrando de allí sus obispos.

Contóse en este número á Samson, obispo de Dol en Bretaña. Había visto la luz en la provincia de Gales, y practicó la vida monástica bajo la conducta de San Heltrut, que se dice haber sido discípulo de San German de Auxerre, atribuyéndole á este obispo de la Galia el establecimiento de los monasterios de la Gran Bretaña cuando viajó por segunda vez á esta isla. Progresando Samson rápidamente en las ciencias y en la virtud, ordenóle presbítero San

Dubrit, otro de los discípulos de San German, que despues llegó á ser obispo de Caerleon en el pais de Gales. El nuevo presbítero despues de su ordenacion fue mas humilde y mas inclinado al recogimiento. Retiróse á una isla desconocida para pasar sus dias en la vida eremítica; mas sacáronle de allí para hacerle abad de un monasterio, que se decia haber sido tambien fundado por San German. Ordenáronle allí obispo por su mérito y por su virtud, que le hacian cada dia mas célebre. Atravesó el mar y vino á la Galia Armórica, donde fundó muchos monasterios y entre otros el de Dol, que erigieron en su mismo tiempo en obispado. Llevaba delante de sí una cruz, como lo hacen hoy los arzobispos; método extraordinario que sin duda se originó del genio ó de los usos particulares de estos bretónes, y que sin embargo sirvió en adelante de apoyo á los obispos para aspirar á los derechos de metropolitanos. Pero si los gozaron sobre un fundamento tan débil, ya no les resta mas que esta condecoracion, sin ninguna de las prerogativas que representa.

Mucha fama grangeó el episcopado á San Samson, y cuentan de él un gran número de maravillas. Tuvo por sucesor á San Maglorio, su primo hermano, educado como él bajo la disciplina de San Heltrut: Samson le condujo de la Galia despues de haberle ordenado de diácono, y en su muerte le designó por sucesor suyo. Mas despues de dos ó tres años de episcopado, puso Maglorio en su lugar á Budoc su discípulo, y se retiró á un monasterio de

sesenta monges que habia fundado y que gobernó hasta su muerte.

San Samson tenia tambien otro pariente llamado Maló ó Maclou, educado igualmente en un monasterio, al que ordenaron contra su voluntad obispo de Vinchester, de donde su padre habia sido conde (1). Mostraba tanta repugnancia á los honores y distinciones, que se puso en fuga atravesando en secreto el mar y retirándose á una pequeña isla de la Armórica, para morar en compañía de un solitario llamado Aron. Estaba no lejos de allí en otra isla la ciudad de Aleth, célebre ya entonces por su comercio, pero cuasi toda pagana. Rogaron al Santo algunos cristianos fervorosos que se hallaban allí, que emprendiera la conversion de sus conciudadanos, y lo verificó con mucha felicidad, sosteniendo su predicacion con el ejemplo de las mas grandes virtudes, y con el don de milagros; de modo que la mayor parte de ellos se convirtieron, y le obligaron á ser su obispo. San Maló espiró hácia fines del año 565; y la memoria de su nombre quedó con tanta fuerza grabada en el corazon de sus pueblos, que dieron á la ciudad el nombre de su santo pastor.

Tambien fueron discípulos de San Heltrut San Pablo, que dió el suyo á su obispado de Leon, y San Gildas, por sobrenombre el sabio (2). Obligó asimismo á Pablo el temor del episcopado á pasar á las Galias, donde encontró lo mismo de que huía.

(1) *Vit. S. Macl. in Biblioth. Floriac.* (2) *Bolland. ad diem 12. Mart.*

Penetró, despues de morar en diferentes islas, hasta la ciudad de Leon, donde la fama de sus virtudes y de sus milagros le elevó al episcopado, aprovechándose á este fin el conde Vither de la autoridad del Rey Childeberto. Sintiéndose enflaquecido con la vejez al cabo de veinticuatro años, dejó el gobierno de su iglesia, y puso sucesivamente en su lugar á dos discípulos suyos que no ocuparon la silla sino un solo año cada uno; de modo que se vió obligado á volver á ella de nuevo. Entrególa por último once años despues á otro discípulo llamado Cetomerino, y se retiró á la isla de Bas, donde rigió todavía por largo tiempo un monasterio numeroso, y murió en una alta reputacion de santidad. Así el Señor hace servir á la santificacion de sus escogidos la concurrencia como casual de las circunstancias en que se encuentran y la singularidad de su mismo genio, con tal que su corazon sea verdaderamente de Dios.

No fue San Gildas mas que presbítero: era natural de Dumbrition en Escocia, predicó en el norte de la Gran Bretaña, y despues en Irlanda, donde restableció la pureza de la fe y de la disciplina. Pasó por último á las Galias, y se fijó en la parte meridional de la Armórica: cerca de Vannes construyó el monasterio de Buis, donde vivió hasta su muerte, y el cual tomó y conserva todavía su nombre.

Deben tambien su institucion los obispos de San-Brieu y de Treguier á dos santos nacidos en la Gran Bretaña. San-Brieu no era en su principio mas que

un monasterio fundado por el santo obispo Brieu, que despues de haber sido ordenado en Inglaterra pasó á las Galias, donde levantó dos monasterios, de los cuales el segundo fue erigido en silla episcopal. Estuvo primero la silla de Treguier en Lejobia, iglesia mas antigua. Tudval, tambien bretón, pasó á ser obispo desde abad que era del monasterio de Treguier edificado por él mismo. Trasladaron la silla episcopal á este monasterio, causa por la que se olvidó el primer nombre. A vista de esta relacion del estado del cristianismo en la provincia de Bretaña, entonces una de las mas incultas de las Galias, y que por lo mismo hemos individualizado en cuanto permite el plan general de nuestra obra, se puede formar una idea de lo restante de la iglesia de Francia en el mismo tiempo.

11. Estaban á la sazón todos los obispos de la Bretaña, como ahora, dependientes de la metrópoli de Tours. Observamos en el segundo concilio de esta ciudad celebrado en 566 ó 567, que se prohíbe ordenar en la Armórica ningun obispo, sea bretón ó sea romano, sin consentimiento de este metropolitano y de sus comprovinciales. Echamos de ver tambien la vigilancia extrema de la Iglesia sobre la integridad de las costumbres y del honor de sus ministros. No se desdeña el concilio de descender en este punto á las mas menudas circunstancias: ordena que un obispo que sea casado, vivirá siempre acompañado de clérigos hasta en su dormitorio, y de tal modo separado de su muger, que las que la sirvan no

tengan comunicacion alguna, ni aun con la gente de estos clérigos. En cuanto á los obispos que no han sido casados, no se permite habitar ninguna muger con ellos. Debe tener el arcipreste en el campo un clérigo que duerma en su mismo cuarto: cuya regla se creyó tan importante, que para su observancia no se hace aprecio alguno de la incomodidad y los gastos que esto podia ocasionar; y así se prescribe que haya siete clérigos que alternen por semana.

Prohíbese á los clérigos y á los monges dormir dos en un mismo lecho, y á las mugeres la entrada en los monasterios de hombres: igualmente se vedan los matrimonios de religiosas, ya sea que hayan recibido el velo de manos del obispo, ó ya que solamente hayan mudado de hábito. Esto da á entender que la profesion no se hacia de una manera espresa, sino que iba anexa al vestido: duda que principiaba ya á desvanecerse; pues habia todavía algunas de estas religiosas, que pretendian no haber tomado el hábito sino para no estar espuestas á casamientos indignos de ellas. Ordenóse asimismo que las viudas no recibiesen la bendicion para consagrarse á Dios.

Formó tambien el concilio sobre las ceremonias de la religion varios reglamentos, que nos enseñan que ya entonces habia imágenes y cruces sobre los altares, y que se conservaba la Eucaristía fuera del tiempo del sacrificio; pues advierten los padres que el cuerpo de nuestro Señor no debe colocarse sobre el altar en el orden de las imágenes, sino bajo la cruz. Establece despues y con mucha individualidad

el orden y estension de la salmodia, ó de los oficios para los diferentes dias y las diferentes estaciones. En el catálogo de los ayunos que se pone despues para todo el año, vemos que se ayunaba todavía el adviento como la cuaresma.

Ordena el mismo concilio que cada ciudad cuide de sus pobres, cada presbítero de los del campo, y cada ciudadano de uno de ellos; de manera que no aparezcan vagamundos. Trata de homicidas de los pobres á los usurpadores de los bienes eclesiásticos; y quiere que si persistieran despues de tres moniciones, se pronuncien contra ellos, estando todo el clero reunido en el coro de la iglesia, las maldiciones del salmo ciento y ocho. Los presenta como nuevos Judas, á quienes no solo se debe escomulgar, sino tambien anatematizar: lo cual nos demuestra la diferencia del anatéma de la simple escomunion, la que no comprendia esta especie de maldiciones.

12. Pasados algunos años, Gontrano Rey de Orleans y de Borgoña, hizo convocar á París seis metropolitanos y doce obispos, para acabar con la funesta diferencia que habia entre sus dos hermanos, Sigeberto Rey de Austrasia y Chilperico Rey de Soissons; y este fue el principal fin del cuarto concilio de París. No podian escoger mejor el lugar de la asamblea, siendo esta ciudad de los tres hermanos; porque muriendo Chariberto Rey de París dos ó tres años antes, es decir en 560, dejando solo hijas, los Reyes sus hermanos al dividir sus estados, dejaron á París en comun, jurando sobre las reliquias de San

Martin , juramento que á la sazón era uno de los mas inviolables , que ninguno de ellos entraría en la ciudad sin el permiso de los otros dos.

A los obispos no les fue posible reconciliar á los dos hermanos. El mal tenia mas hondas raices , y nacía de la antipatía ó emulacion de dos mugeres , las Reinas Fredegunda y Brunequilda , ambas de estremada hermosura , ambas llenas no solo de espíritu , mas aun de aquella elevacion de pensamientos que lejos de concentrarse en el limitado círculo de los negocios ó de las diversiones ordinarias de su sexo , no pudo ya contenerse en los diques de los estados respectivos de sus esposos. No obstante , Brunequilda pensaba mas noblemente , miraba mejor por el bien público , con una grandeza de alma digna de la sangre de los Reyes de España que circulaba en sus venas , y muchas mas virtudes ó menos vicios , por confesion de los mismos autores que hoy dia se miran como sus calumniadores. Tenia Fredegunda mas reserva y artificio , era mas fecunda en medios y recursos , mas emprendedora , y tanto mas segura de lograr sus intentos , cuanto ni la probidad , ni la humanidad , ni la venganza , ni el respeto á su nacimiento , que era de los mas bajos , ni finalmente miramiento alguno bastaba á poner obstáculo á sus infames maquinaciones. Animado Chilperico por esta furia , acometió á los estados de su hermano tan encarnizadamente , que con el saqueo y robo de las cosas mas sagradas , el incendio de los templos , la muerte de los clérigos y el deshonor de las vírgenes , las igle-

sias , nos dice Gregorio Turonense , sufrieron mas aflicciones que en la persecucion de Diocleciano.

13. Arribó Sigeberto por su parte con sus tropas hasta las puertas de París. Escribió el obispo German á la Reina Brunequilda , esposa de este Principe , pidiéndola considerase que en vez de atizar el fuego de esta guerra debia procurar extinguirlo ; mas las representaciones no pudieron nada con una muger que , abatida antes , volvía á recobrar su superioridad. Sigeberto siguió triunfando , tomó á París , Ruan , y casi todo el reino de Chilperico , el que se vió reducido á encerrarse en Tournai , donde le sitió el vencedor. Partió entonces San German á hablarle , y le hizo esta profecía : *si no atentais á la vida de vuestro hermano , tornareis victorioso ; mas morireis miserablemente si abrigais miras fraticidas* (1). Sigeberto despreció el aviso del cielo ; y dos malvados enviados por Fredegunda le asesinaron , en tanto que los franceses de Neustria le reconocian por su Rey. De todo punto varió esta muerte el aspecto de los asuntos : todo cayó bajo el dominio de Chilperico , que volvió en seguida á París , sorprendió á la Reina Brunequilda , viuda de Sigeberto , y la mandó prender y conducir á Ruan. Childeberto , hijo de Brunequilda de edad de solos cinco años , fue llevado á Metz por los fieles servidores de su padre , y reconocido Rey de Austrasia.

14. San German murió el año siguiente de 576 á los ochenta de edad. Además de las grandes virtu-

(1) *Gregor. Turon. lib. 4. hist. cap. 45.*

des de este santo obispo, se admiran en él aquellas cualidades tan diversas y tan difíciles de combinar de Marta y de María, el espíritu de oracion y la continua perseverancia en las labores. Despues de haber pasado muchas veces toda la noche en la iglesia, excepto algunas horas antes de amanecer en que descansaba para que no se notasen sus penitencias, no cesaba de dar audiencia á una gran multitud, en especial á los pobres afligidos, á los cuales muchas veces buscaba por sí mismo en las tristes habitaciones donde ocultaban su vergüenza y su miseria. Innumerables milagros se cuentan obrados en su sepulcro, y confirmados por la veneracion de los pueblos, que pusieron su nombre á la iglesia de San Vicente á la que le trasladaron. El Rey Chilperico, que se preciaba de literato, hizo su epitafio.

15. Usando de su fortuna entretanto este Príncipe sin moderacion, hizo marchar hácia el Poitou á su hijo Meroveo, ignorando su afecto para con Brunequilda (1). Habia principiado esta estraña pasion en París, donde habiéndose hallado reunidos se habian irritado mutuamente contra Fredegunda, que hizo repudiar á la Reina Andouera, madre de Meroveo, y acababa de hacer asesinar al esposo de Brunequilda. Enterneciéronlos muchas veces sus disgustos y mútuas desgracias sobre su recíproca desventura; y su ternura degeneró tanto mas fácilmente en amor, cuanto al parecer era mas legítima, y su familiaridad menos sospechosa, siendo Brunequilda viuda del tio

(1) *Id. lib. 5. cap. 14.*

de Meroveo. Mas ella era jóven aun y no habian perdido nada sus atractivos seductores, tan capaces de hacer impresion en una alma debilitada por el dolor. Meroveo con pretesto de ir á ver á su madre que estaba desterrada y como prisionera en Mans, pasó por Ruan, se juntó á los partidarios de la Reina Brunequilda, y se casó con ella con todas las ceremonias de la Iglesia. Marchó el Rey contra él desesperado; admitióle luego al parecer en su gracia; mas despues á causa de algunas nuevas sospechas le mandó prender, le obligó á recibir la tonsura y hábito clerical, y por fin á dejarse ordenar de presbítero, y le envió al monasterio de San Calais en el Maine, para que aprendiese la norma de la vida eclesiástica. Empero con el ausilio de un capitán del difunto Rey Sigeberto, se escapó y refugió en la iglesia de San Martin de Tours, asilo el mas sagrado del reino.

16. Mandó el Rey al santo obispo Gregorio que arrojase de la iglesia al Príncipe, á quien trataba de apóstata, amenazando que sino lo llevaria todo á fuego y sangre. *¡No quiera Dios, contestó el santo prelado, que un Rey católico profane los lugares que los godos arrianos han respetado siempre!* Y dejó á Meroveo en su asilo. Mas el jóven Príncipe no creyendo que habia ninguna barrera sagrada contra el furor de su padre, y mucho mas de Fredegunda, resolvió reunirse con Brunequilda, que habia podido salvarse en Ruan, y gobernaba la Austrasia bajo el nombre de su hijo el jóven Childeberto.

Antes de separarse del sepulcro de San Martin,

quiso saber lo porvenir por una práctica supersticiosa acostumbrada en aquel tiempo, aunque ya muchas veces condenada en los concilios bajo el nombre de suerte de los Santos. Sobre el sepulcro puso el Salterio, el libro de los Reyes y los Evangelios, y despues de haber pasado tres dias seguidos en ayunos, vigiliass y oracion, abrió á la ventura cada uno de estos libros. Este era el primer verso de la página en el de los Reyes: *porque habeis dejado al Señor vuestro Dios, para seguir á los dioses estrangeros, él os ha entregado á vuestros enemigos.* No parecieron los pasages de los otros dos libros menos espantosos al Príncipe, el cual se los aplicaba: lo que le hizo verter muchas lágrimas antes de partir. No obstante, tuvo la dicha de llegar á Austrasia, pero no fue recibido como esperaba. Brunequilda, mas política que apasionada, despues que se restableció su fortuna no quiso disgustar á los señores austrasianos que estaban poco dispuestos á reanimar el fuego de la guerra por un desgraciado demasiado famoso, que se habia hecho la fábula de la Francia, y que atizaba el fuego de la discordia entre los Príncipes franceses. Por fin, despues de haber andado errante algun tiempo de provincia en provincia, fue preso y muerto cerca de Terouana.

17. Antes de suceder esta catástofre, Chilperico á quien se le habian escapado sus principales víctimas, descargó todo su resentimiento sobre Pretestato obispo de Ruan, que se habia plañido de sus azares, y le acusó no solo de haberles dado la bendicion nup-

cial, sino tambien de haber fomentado la sublevacion. Hizo reunir en París cuarenta y cinco obispos que formaron el quinto concilio (1). Asistió personalmente el Rey, y en presencia de todos dijo así á Pretestato: „¿qué imaginabais, prelado temerario, cuando casasteis con su tia á Meroveo, mi enemigo mas bien que mi hijo? ¿Acaso no sabiais las reglas canónicas sobre esta materia? Pero no os contentasteis con esto, sino que quisisteis sobornar á mis súbditos con dinero para que mi corona pasase á las sienes de otro.”

Al oír los francos este discurso de unos labios que creían incapaces de mentira, pateaban de cólera, y querian apedrear al obispo; mas el Rey que conocia mejor que ellos los resultados de tal arrebato, fingió moderacion y los tuvo á raya. Pretestato clamó contra la falsedad de tales acusaciones, y sus enemigos ofrecieron la prueba. Esta se redujo á mostrar algunos presentes que el obispo habia hecho, en lo cual convino; pero negó fuertemente que hubiese intentado por este medio rebelion alguna. Los obispos echaron de ver la iniquidad de la trama urdida contra su compañero. Levantóse en el concilio un simple arcediano de la iglesia de París, llamado Aecio, aunque ya habia salido el Rey, y dijo esforzadamente: „reflexionad bien, príncipes de la Iglesia, quien tiene los ojos puestos en vosotros. Del paso que vais á dar en pro ó en contra de vuestro semejante, pende

(1) *Gregor. Turon. lib. 7. cap. 16. et 17.*